



MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION

Discurso pronunciado por
el Señor Ministro de Cultura y Educación
Doctor JORGE ALBERTO TAIANA
en el Centenario de la Escuela Normal
de Profesores MARIANO ACOSTA
16 de junio - 1974

Buenos Aires - República Argentina

1974

BIBLIOTECA	
Entrada	20-8-74
Refrendado	dep
Intervino	Sta

INV	007866
SIG	Foll 042
LIB	2

Discurso pronunciado por
el Señor Ministro de Cultura y Educación
Doctor JORGE ALBERTO TAIANA
en el Centenario de la Escuela Normal
de Profesores MARIANO ACOSTA
16 de junio - 1974

J. A. 12152

CENTRO NACIONAL
DE DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN EDUCATIVA
Av. Eduardo Madero 235 - 1er Piso - Buenos Aires - Rep. Argentina

Señores:

La simple circunstancia de coincidir el centenario de la fundación de esta ya ilustre Escuela Normal "Mariano Acosta" con el desempeño del cargo de Ministro de Cultura y Educación, me proporciona el honor inmerecido de dirigiros la palabra.

Soy en cambio vocero humilde del Poder Ejecutivo de la Nación, presidido por el Excelentísimo Señor Presidente Tte. General Juan Perón, para expresar el homenaje a la benemérita institución.

Incurriría en pecado de arrogancia si pretendiera esbozar la historia de la Escuela cuando tantas páginas documentadas han sido ya escritas y tantos historiadores, salidos de sus aulas, como el maestro Astolfi, han diseñado con autoridad y espíritu de investigación los acontecimientos de su vida centenaria.

Permítaseme sin embargo aludir a la contribución ininterrumpida desarrollada desde 1874, con rectores responsables, eruditos y disciplinados. Escuela por encima de los vaivenes de un país en etapa adolescente preceptó normas. Normas de enseñanza que son en definitiva normas para la vida.

¡Cuántas aptitudes descubiertas en los jóvenes alumnos por la sagacidad indagativa de los profesores de esta casa!

¡Cuántos alcanzaron posiciones sobresalientes en las ciencias, en el arte, en el gobierno y lo más importante en la educación de los argentinos!

¡Reverenciamos al año 1874, tiempo de fundaciones!

¡Cuántos como yo podrán acompañarme en estas sencillas palabras: Mis viejos maestros están aquí!,

"Los maestros que yo he tenido" de Valentín Mestroni.

La Escuela Normal los ató para siempre a las normas de la casa. Resultaron egresados, profesores, rectores, ministros, Pre-

sidentes de la Nación, triunfadores en las más diversas áreas del quehacer humano, pero todos integran una siempre viva comunidad: "sacerdotes laicos", los "magistrados de la República" de Lugones.

La Escuela Normal es la neurona sensitiva de la juventud. Allí se aprende el difícil arte de la comunicación, el "camino", como nos decía con palabras galanas el conferencista del Cervantes, el camino para encontrar las caras multiformes de nuestro yo, para descubrir el metal más rico escondido en las cuevas de la compleja personalidad humana, el camino que recorre azarosamente el maestro, en su tarea cotidiana.

Descubrir en cada uno de nosotros la veta aurífera, allí está la tarea eterna de la educación y el aprendizaje.

Imposible intentar siquiera una síntesis de toda esa riqueza de acontecimientos, vivencias, personas que pasaron por estos claustros durante los últimos cien años. Podría, acaso, señalar algunas variables históricas y, junto a ellas, algo así como una presencia constante que es el testimonio de la importancia de este colegio.

Este elemento estable reside en un impulso moral. En todo su tiempo la Escuela, a través de autoridades, personal, recuerdos, conductas de sus alumnos, exhibe el denominador común del respeto por valores superiores, la capacidad de infundir amor y normas éticas. Logrado ello, no se ve que más puede demandarse de una institución escolar, que realmente educa cuando alcanza un clima, una atmósfera que impregna a cuantos viven en ella durante parte de su juventud.

La Normal Mariano Acosta ha alcanzado esa plenitud de influjo, la posee todavía y nada hace pensar que la perderá en el futuro.

Los demás, los cambios, son solamente etapas necesarias de procesos de transformación. Esta escuela no ha tenido felizmente una concepción dominante única. Supo plegarse a lo que la historia pedía. Pasó por el pensamiento positivista; vivió la pedagogía espiritualista axiológica; practicó y aún mantiene en cierto grado concepciones psicológicas y sociologistas actuales: todo ello es bueno porque, pasajera y progresivamente en cada instante, apa-

rece mancomunada a aquel espíritu al que antes nos referimos. Aceptamos que la vida exige transformaciones constantes; reconocemos que a esa ley biológica no escapan las instituciones que quieren ser útiles.

Cuando celebramos hoy el centenario de la Escuela Normal Mariano Acosta no adherimos a esta o aquella concepción o forma de pensamiento. Respetamos a todas ellas en cuanto respondieron a los conceptos que la sociedad recogía cada vez para emplearlas en la formación de seres humanos. Nos sentimos orgullosos de que un establecimiento argentino de educación haya sido capaz de perdurar siempre joven; tenemos la esperanza de que esa fecundidad se prolongue en los tiempos venideros, siempre al servicio de los mejores ideales del país.

El problema fundamental reside ahora en saber cuál pueda ser el modelo que para el tiempo próximo constituya el marco referencial que necesitamos, y cuál el alimento de esta escuela y de todo nuestro sistema escolar. Problema difícil, sin duda, pero que en parte puede ser develado por ciertos factores y hechos útiles para la construcción de ese posible modelo escolar.

El hombre es eterno a través de las temporalidades sucesivas de los individuos. Quizá estamos en la adolescencia de la especie. Nuestras vidas más cortas que la de esta Escuela, nos inducen a mirar asombrados la alta montaña de las realizaciones de la historia humana.

Pero advertimos que el hombre ha sobrepasado recién hace pocas décadas la velocidad del caballo o del reno.

En el curso del siglo actual el átomo, concebido por los griegos, es objeto de increíbles disociaciones y fusiones; los cimientos matemáticos euclidianos son conmovidos por la teoría de Einstein; nuevas fuentes de energía proporcionan a la discrecionalidad de nuestros semejantes, fuerzas capaces de destruir el planeta. El mismo Universo es dimensionado y explorado con una audacia superior a los frutos de la imaginación más centellante.

No puede sorprendernos que nuevos esquemas surjan en el mundo y los países con independencia necesiten la interdependencia, pues la cultura, la economía, y la ciencia necesitan fronteras permeables para buscar nuevas modalidades de integración.

La existencia de tres mil millones de habitantes en nuestra nave espacial, miniaturizada por el progreso científico, obligan a meditar sobre graves problemas hasta ahora irresolutos y a que todos nos conciernen.

La destrucción de los recursos naturales no renovables; el indiscriminado e irracional consumo de los renovables; la transformación de millones de kilómetros cuadrados de tierra fértil en tierras estériles; la casi total extinción de 150 especies animales, el aniquilamiento de la vida ictícola por el utilitarismo despiadado; el arrasamiento de los bosques naturales...

Mientras lanzamos cápsulas asépticas abarrotadas de complejísimo instrumentos para explorar los espacios siderales, inmensas muchedumbres padecen hambre, mueren por gérmenes, virus y parásitos aniquilables por la medicina social de nuestro tiempo, y millones de niños reciben la cicatriz indeleble de la desnutrición y la ignorancia.

El siglo venidero traerá consigo la consecuencia de la explosión demográfica de regiones superpobladas, bajo la forma de desplazamientos humanos en una búsqueda irrefrenable de alimentos, y los espacios vacíos de Australia, Canadá y Argentina, serán vivamente codiciados.

Hoy, los argentinos enfrentamos el mismo desafío que hace cien años cuando se fundaba esta Escuela Normal. La situación es idéntica a la Argentina de Sarmiento: *país extenso, escasamente poblado con inmensos vacíos territoriales.*

Después de cien años nada hace vaticinar un desarrollo capaz de elevar de manera manifiesta los valores cuantitativos de la Nación.

Nos queda el camino de la cualificación. Cualificar a los argentinos para la utilización óptima de nuestro potencial humano, para el aprovechamiento racional y metódico de las disponibilidades naturales, energéticas, científicas y tecnológicas.

El eje fundamental para obtener argentinos de elevada calidad es y será la *escuela* en su acepción más amplia, centro radiante, cuartel de infatigables cazadores de la ignorancia, el altar cívico de la educación.

Llegó el momento de sustituir el libre acceso a la enseñanza y el aprendizaje por el derecho del Estado a exigir una capacitación: reemplazar el libre albedrío de elegir el estudio, o el ocio improductivo, por la obligación que la sociedad impone de aprender, por la necesidad nacional de transformarse en la medida de sus aptitudes, para la capacitación constructiva de una sociedad expuesta a perder su libertad, si no se somete a la esclavitud de la educación constante para luchar contra la ignorancia, la enfermedad, el miedo y la miseria.

Cualificar nuestro pueblo es el objetivo principal de nuestra Nación y significa planificar y ejecutar una gran movilización educativa para erradicar el analfabetismo, y recorrer perseverantemente las cuatro etapas de la educación.

Esta oportunidad, de tan cordiales resonancias, es la más adecuada para afirmar categóricamente que la escuela no ha muerto.

La escuela es todo modo de aprender en el cual interviene organizativamente la sociedad entera, con los recursos y medios que pueda emplear de acuerdo con el nivel histórico y cultural alcanzados. Ese fue el origen de la institución escolar, y de igual manera allí se encuentran los factores que rigen su evolución. Mientras haya hombres, la sociedad necesitará promoverlos y elevarlos en su condición de tales, para que la historia no decline en actividades puramente animales.

El sistema educativo aparece entonces como un instrumento que está ahí porque nosotros los hombres podemos cambiar nuestras conductas, instrumento que la sociedad produce a fin de mantener lo que ha alcanzado en un cierto punto de la evolución, y a la vez para llegar a las imágenes prospectivas que esa sociedad forja acerca de sí misma.

Nada habrá de permanente en el sistema escolar y sólo debe quedar inalterable su espíritu de servicio, subordinado al hombre y a los valores que el espíritu procura lograr en este mundo temporal en el que estamos inmersos. El sistema es una empresa, ese conjunto de personas, bienes, normas, creencias, actitudes, que jamás debe encontrar su gratificación en ella misma.

Hemos de pedir sacrificios porque la Argentina potencia los reclama, y debemos luchar por la exaltación de la capacidad de

los argentinos, pero siempre que los sacrificios y la capacitación sean de todos y para todos los argentinos. Profesamos la filosofía de que todos los hombres somos genéricamente iguales, y este concepto lleva necesariamente a la concepción y al pedido de una sociedad solidaria y justa. Como el hombre no se realiza solo y la sociedad no progresa si no mejoran todos sus miembros, la justicia social tiene que ser promovida y quedar consolidada como fe activa en los corazones y en las mentes de los miembros de nuestra sociedad, a través de las acciones del sistema educativo.

Para ello hemos de sentirnos unidos y dispuestos al trabajo, anhelantes de hacer algo con nuestras vidas. Asistimos hoy a desconciertos universales; contemplamos a veces con dolor íntimo las separaciones generacionales; palpamos preocupados el desinterés y cierto relajamiento de los jóvenes ante el trabajo escolar; sufrimos, a veces desconcertados, los estallidos de esa rebeldía inorgánica que no sabe cómo canalizarse útilmente.

Somos los adultos quienes podemos auscultar y posiblemente remediar esos fenómenos que nos angustian. No son meras manifestaciones patológicas ni deformaciones irremediables. Constituyen síntomas de organismos sanos, si nos fijamos atentamente en lo que ha sucedido en otras épocas históricas. No disminuimos así el problema: antes bien nos atrevemos a pensar que está ahí, en la necesidad de encontrar motivaciones idóneas para impulsar a los niños y a los jóvenes, a construir proyectos vitales que encierren perspectivas suficientemente tentadoras como para acometer los esfuerzos inteligentes que es imprescindible realizar.

Esos modelos de conducta no pueden ser meramente subjetivos ni descansar en complacencias egoístas, porque nada de ello alcanza a justificar a un ser humano. Se encuentran fundamentalmente en los parámetros que me he atrevido ya a insinuar; reposan en el deber de formar hombres y mujeres que sientan el país y sirvan lealmente a la Nación, sin pretensiones chauvinistas, alentando la seguridad de integraciones crecientemente más amplias con América y el mundo, pero a la vez con la vivencia casi mística de que el hombre no llega a la condición de tal en la soledad, y que cuanto hay en él de valioso nace del

comercio social, de esa cooperación donde nadie puede gozar de derechos y bienes de los cuales otros están desposeídos.

Aceptada esta actitud, cambian bruscamente el paisaje pedagógico y la perspectiva del sistema escolar. Tenemos, felizmente, el derecho de aprender de acuerdo con lo que establece la Constitución Nacional; es menos frecuentada la idea de que el aprender es simultáneamente una obligación social. Debemos aprender todos y aprender mucho y bien, porque solamente así nos perfeccionaremos y podremos servir al país. Quien no aprovecha todas sus posibilidades deja inactivo un potencial que es importante para él y para la Nación. Consiguientemente no cabe eludir el esfuerzo de aprender si es que no se quiere traicionar lo que en el fondo es cada uno de nosotros. Eduquemos a los jóvenes para que acepten libre y gozosamente esa obligación moral, y construyamos el sistema escolar, los planes de estudio, los programas de aprendizaje, inventemos las técnicas más adecuadas, todo sobre la base de que no existe real pedagogía si no incita al esfuerzo, si olvida promoverlo racionalmente, si no lo ubica con inteligencia dentro de las grandes categorías de nuestra Nación y de nuestra sociedad.

No somos partidarios desaprensivos de una mera pedagogía del esfuerzo, que por el solo ejercicio ascético de la voluntad, justifique cualquier contenido y método de aprendizaje. Preconizamos justamente lo contrario: creemos que debe aprenderse lo conveniente y lo racional, pero nunca podremos conseguir que el aprendizaje deje de ser un trabajo. Lo es porque reúne todas las condiciones de tal: lo necesitamos para sobrevivir; busca un resultado que está más allá de la sola actividad; de alguna manera cambia la realidad del entorno de quien aprende.

El tema del trabajo en la escuela fuerza a algunas reflexiones. Debemos decididamente hacer algo con las clásicas cuestiones del enciclopedismo, del verbalismo, del intelectualismo, tan machaconamente y tan justicieramente criticados, respecto de nuestro sistema escolar. Son en el fondo tres facetas de una misma cuestión, cuestión que reside en no ver al sujeto humano como ser actuante y en no percibir a la cultura como un proceso histórico.

Es necesario que comencemos por la ubicación del hombre en la realidad, por dejarlo moverse en ella y frente a ella; por enseñarle principios y métodos de acción; por sacrificar contenidos de enseñanza; por esperar que el hombre aprenda durante toda su vida; por no soñar decididamente equivocados que en pocos años de escuela daremos —dar en el sentido de que se entrega una cosa hecha— algo llamado cultura. Hemos de decidirnos de una buena vez a cambiar radicalmente los planes y programas en forma sensata y práctica, de acuerdo con nuestras posibilidades, sin pretender un cambio estabilizado, sin perdernos en ideologías, sin buscar perfecciones, para que el aprendiz aprenda efectivamente mejor y esencialmente más, para el trabajo efectivo en una comunidad moderna.

En segundo lugar, a propósito del verbalismo y del intelectualismo, no distinguimos entre el trabajo intelectual y el manual. Nos oponemos decididamente a ello, y pensamos que todo trabajo es a la vez ambas cosas, y que tanto una forma como la otra, artificialmente separadas son trabajos, porque satisfacen las connotaciones expresadas en el respectivo concepto general.

Borremos las caducas diferencias del trabajo intelectual y del trabajo manual, confundidos en una armoniosa y conyugal integración de la mano y el cerebro, pues la primera es fuente de creatividad y el hombre es hombre porque opone el pulgar y reflexiona, porque tiene conciencia de su vida y de su muerte inevitable.

Este énfasis no es simplemente académico porque la separación de esas formas de trabajo comporta varias consecuencias. No obliga a la escuela a poner al alumno en la realidad de una actitud transformadora. No permite apreciar la posibilidad de vincular escuela y trabajo productivo de una manera universal. Conduce a diferenciaciones socialmente injustas y a la formación de falsas conciencias en una y otra especie de trabajadores, cuando la realidad los separa en grupos sociales diferentes. Limita la visión de las salidas laborales en nuestro sistema educativo.

Examinemos uno solo de los efectos señalados, uno que interesa a la transformación de nuestra escuela y especialmente

al nivel medio. Me refiero a la salida laboral, que nuestro sistema proporciona en algunas modalidades y no en todos los casos, como, a nuestro juicio, debiera ser.

Si el trabajo implica siempre una modificación del entorno en forma de adaptación o de introducción de nuevos objetos, y si el hombre ha podido llegar a regular racionalmente sus acciones para ese trabajo, nos encontramos con los procesos tecnológicos. No hay forma de actividad humana y de trabajo que directa o indirectamente no sea capaz de convertirse en *acción inteligente*, o sea tecnificada, merced al buen aprovechamiento de los conocimientos logrados por el hombre. De donde, entonces, que vinculado el aprender al trabajo, resulta que todo aprender es susceptible de tornarse en un aprender con aplicaciones técnicas en el mejor y más amplio sentido de este último término.

Todo lleva al concepto de una movilización educativa. Podemos entenderla, naturalmente, como el impulso creciente hacia la universalización y la democratización de la enseñanza.

¡Felices los pueblos cuyas aulas están atestadas y los jóvenes pujan a sus puertas para saber más!

Un futuro donde las mujeres y hombres maduros puedan ingresar en cualquier nivel para refrescar el aprendizaje de otros tiempos, para perfeccionarse o para emprender nuevos rumbos exigidos por el avance acelerado e irrefrenable de la ciencia y la tecnología.

Pero no abundaremos ahora respecto de lo ya dicho sobre la obligación social del aprender. Se usa a menudo hoy la expresión de la igualdad de oportunidades para señalar el derecho de aprender que todo hombre posee, y para indicar cómo la sociedad debe colocarlo en situación de ejercer tal derecho. Hemos querido acentuar nosotros que también constituye un deber del miembro de la sociedad ante sus pares, pero además, repitiendo lo ya señalado por algunos pedagogos argentinos, deseamos destacar igualmente que la igualdad de oportunidades no resuelve el problema en su totalidad.

Dadas las posiciones iniciales en que pueden encontrarse quienes acceden a dicha igualdad, y teniendo en cuenta que la-

mentablemente muchos antecedentes personales, biológicos y psíquicos, así como el entorno familiar, son todavía hoy, no siempre favorables para el mejor aprendizaje, el sistema educativo debe comenzar ya firmemente a ponerse en condiciones de buscar la equiparación de resultados en el esfuerzo escolar. Fenómenos como los del desgranamiento escolar, tan importante entre nosotros, y los escasos rendimientos del aprendizaje en muchos casos, obligan a tomar medidas que aseguren aquella equiparación, por medios sanitarios, por auxilios de alimentación, por apoyo especial, por becas, por compras de útiles, etc. Instrumentos muy conocidos y en apariencia modestos, como la clásica copa de leche o las escuelas de jornada completa, contribuirán cada uno desde su ángulo, a alcanzar paulatinamente el deseado logro de aquella equiparación.

Pero la movilización envuelve aún otro concepto. Como la democratización de la enseñanza es inseparable de su universalización, cada vez se acentúa la explosión escolar, o mejor, desde que toda educación es permanente o continua, designémosle como *explosión educativa*. A la vez, la introducción de medios técnicos en el sistema escolar, supone insumos siempre crecientes para la investigación, dotaciones y alimentación de los equipos. Todo lo cual hace que las erogaciones destinadas al aprender lleguen a cifras que difícilmente una sociedad puede soportar, si todo queda en manos del sistema escolar y del Estado propiamente dichos.

Una vía de atención del problema está en la colaboración y aprovechamiento de las potencias educadoras instaladas en la sociedad, en forma de recursos humanos, de instituciones, de activos fijos, que se encuentran en fábricas, sociedades intermedias, medios de comunicación, gremios, laboratorios, etc. Así como los adelantos tecnológicos de la defensa nacional, llevaron a los países a requerir y estimular la cooperación de las industrias, de modo análogo, el sistema educativo acudirá cada día más, al esfuerzo concertado con todas esas oportunidades ya existentes, para actuar de consuno en el *trabajo de educar*.

Esa idea, consecuentemente desarrollada, extenderá las fronteras del sistema educativo de un modo imprevisible, y permitirá la percepción distinta de viejos y nuevos problemas. Entre aqué-

llos, la enseñanza privada; entre éstos, el planteo de la desescolarización.

El hecho de la enseñanza privada ha aparecido siempre ligado a connotaciones que no le corresponden esencialmente. La libertad de aprender y de enseñar está sin duda consagrada por la Constitución y por convenciones internacionales, pero no participamos de la posición que coloca al Estado en posición de subsidiarla. El Estado tiene la obligación de ejercer su fuerza educativa, pero no puede hacerlo exclusiva y absolutamente, porque allí están las leyes y porque necesita del concurso de otras fuerzas sociales en el desarrollo de su misión. Esto significa que cabe entregar parcialmente lo educativo a esas fuerzas, y apoyarlas técnicamente y ayudarlas económicamente cuando así convenga según la planificación del sistema, sin que ello implique el enervamiento del poder que la sociedad toda, entrega al Estado para el buen cumplimiento de las funciones fundamentales —como la educación—, que hacen a la vida de esa sociedad.

Tampoco deseamos ahora intentar extemporáneamente nada parecido a la desescolarización. Todavía no tenemos conciencia clara del impacto que puede sufrir el sistema escolar, cuando la revolución tecnológica sea efectiva y conscientemente aplicada a la educación. Por el momento se trata solamente de aumentar la generalidad y eficacia del sistema; de llevarlo a formas flexibles y prácticas de actuación; de liberarlo de su cargo centralizante mediante adecuados dispositivos federalizadores; de racionalizarlo con métodos de trabajo que busquen la eficacia; de tratarlo con conocimiento completo de la situación, merced a métodos modernos de registración para la buena toma de decisiones. Si empezamos a andar por este camino las transformaciones se irán aunando progresivamente, la educación se ampliará y quizás entonces, en ese futuro, podrán discutirse cuáles son las posibilidades de la asistematización de lo educativo.

Hemos abundado en problemas generales, cuando quizás la ocasión parecía pedir únicamente reacciones emocionales de merecido elogio y de agradecimiento, por todos cuantos trabajaron en estas aulas. Sin embargo, ningún gesto de reconocimiento resultaría superior a la espontánea, libre, sincera expresión de al-

gunas de nuestras preocupaciones actuales, de mis colaboradores técnicos, que no difieren formal y básicamente —salvo, naturalmente, la diversidad de concepciones de coyuntura—, de los que movieron a los hombres de las sucesivas generaciones que en este ámbito enseñaron y a este colegio condujeron.

No podría, empero, dejar de mencionar lo que hace al fundamento de la Escuela Normal de Profesores "Mariano Acosta", escuela formadora de formadores de hombres. En estos casos solemos pensar en forma parcial, porque nos referimos más al maestro que al profesor de enseñanza media. Englobaré por lo tanto a ambos bajo la denominación de docentes, nombre noble y de tradición secular, que pone de relieve la importancia funcional de esta escuela.

En pocos días distinguidos pedagogos discutirán todo lo concerniente a los problemas de este orden de cosas. Parecería extemporánea entonces una palabra oficial al respecto y ello nos disuade de expresar prolijamente algunas ideas acerca del perfil profesional del docente.

No cabe, sin embargo, soslayar totalmente este tema. El docente es un trabajador, como otros en el país dedicados a diferentes actividades, y necesita tomar cabal conciencia de ese status primario y entender cómo su labor no es un puro ejercicio intelectual, ni consiste en conducir a la sociedad. Por el contrario, más bien, constituye un servidor —en el sentido casi religioso del término— de los propósitos creativos que la historia presenta a la Nación. El docente es sin duda un trabajador privilegiado por su poder de influjo sobre los seres humanos, pero no es un puro intelectual ni, mucho menos, un artista casi omnipotente sobre la ajena sustancia humana, como algunas veces se sostuvo en las primeras décadas de este siglo.

Tampoco pensamos que el docente, trabajador, pueda quedar fuera de regulaciones correctas laborales. Quisiéramos verlo encuadrado en grandes organizaciones, para el mejor tratamiento de los problemas prácticos que hacen a su actividad. Como el Estado no puede forzar voluntades, esperamos que ese encuadramiento se produzca desde donde corresponda, es decir desde la base.

Todos cuantos hemos enseñado sabemos que el docente se completa enseñando, porque la gran modestia intelectual, la base de la actividad espiritual, en suma, radica en que no existe un saber ni una técnica logrados alguna vez para siempre.

Estudiar toda la vida. Juventud es la de aquellos capaces de aprender.

La vejez comienza con la ineptitud para incorporar nuevos conocimientos.

Esto demanda a los colegios cierta toma de decisión, que dejamos ahora planteada: hasta qué punto los establecimientos formadores de docentes deben pensar en un producto acabado, o más bien, en un comienzo de profesional que luego la vida y los estudios de perfeccionamiento completarán.

Este profesional no puede eludir los grandes parámetros indicados al comienzo de esta ya larga exposición. No intentamos aquí ahora ensayar una tipología del docente, pero es inevitable que lo refiramos a su servicio multiplicador a propósito de las fuerzas unitivas de la Nación y de la justicia social, imperativos que juntos con otros más difundidos, implican una ética profesional, o, como diría yo en término más familiares para mí, un comienzo de deontología docente.

Digamos algo sobre los aspectos gratificantes en la labor docente. La niñez y la juventud testimonian la vida que crece y, en alguna manera, nos dan siempre la presencia de ese proceso maravilloso que es la formación de un ser humano. Tampoco olvidaremos esa especie de justificación que se experimenta cuando, ante el antiguo discípulo que ahora es adulto, sentimos que hemos podido ser útiles para realizarlo y que pertenecemos a su pasado como una influencia que se puede disimular u olvidar parcialmente, pero nunca anular.

Tampoco es posible desconocer los aspectos negativos de este difícil oficio de enseñanza. El sentimiento de no ver nunca la obra acabada; la seguridad de que se repetirá cada año la misma tarea siempre difusa en lo cíclico; la frustración de que el sistema no nos reconozca realmente como individualidades dentro de la vasta inmensidad burocrática; la percepción de la injusticia ineludible ante el continuo deber de dar a seres inmadu-

ros que son insaciables en sus exigencias y aparentemente, sólo aparentemente, olvidadizos en su reconocimiento. Nada de eso ignora quien habla, porque ha sido docente. No lo puede remediar, porque las vivencias profundas del espíritu escapan a las regulaciones del poder oficial, pero se siente en la obligación —y es en verdad más bien una efusión emocional poder hacerlo—, de manifestar la sincera simpatía, es decir, sentir lo mismo, hacia esa persona que cumple el trabajo docente.

Hace medio siglo, en la solemne conmemoración del Cincuentenario, el entonces Ministro D. Antonio Sagarna, pronunció palabras incorporadas a la Historia de la Escuela que conservan la lozanía de su reclamo:

“De lo que el país sufre —y el mal es por todo hombre sincero reconocido— es de desequilibrio entre la cantidad, utilización o distribución de sus maestros y las exigencias de su realidad escolar, pues en determinados centros del país se ha producido la formación de un proletariado docente que lucha y se agita sin encontrar la ubicación de su capacidad, de su vocación, y de su amor a la enseñanza”.

Dentro de cincuenta años en esta misma Escuela, un Ministro de Educación también experimentará la ocasional y feliz circunstancia de hablar ante alumnos, egresados y profesores, y entre ellos estarán algunos de los jóvenes que hoy me escuchan.

Canosos y cargados de años, en pleno siglo XXI, vivirán en un mundo de caracteres y perfiles difíciles de conjeturar pero sin duda diferente al de nuestros días.

Muchas de las consignas, afirmaciones y banderas que ahora nos apasionan, nos unen o nos dividen, resultarán tan antiguas y olvidadas como las controversias de la conmemoración de 1924.

Frente al cambio inexorable de las ideas y de los sistemas previsibles, ante las rápidas transformaciones impuestas por la inagotable creatividad del hombre, sólo cabe una expresión de deseos, una plegaria cívica para aquellos que atraviesen el umbral del nuevo siglo:

Que a todos los niños del mundo se les proporcione una cuota mínima de educación y formación.

Que todos los hombres y mujeres puedan utilizar las múltiples aptitudes intelectuales y físicas y el pleno goce de todo aquello que otros hombres y mujeres acumularon en el largo camino de la historia.

Que las mujeres y hombres vivan en una democracia social, justa y libre, capaz de rescatar los valores íntimos de la persona humana.

Ojalá los nuevos tiempos alumbren, como en el Himno de la Escuela “La llama viva de patria y de amor”.

MINISTERIO DE CULTURA Y EDUCACION
DIRECCION GENERAL DE ADMINISTRACION
TALLERES GRAFICOS
